

cito que una escuela, y él quedará siempre de jefe por el derecho que le da su intrépida iniciativa.

Aun cuando cayera en el camino, bajo el peso demasiado enorme de la cruz que ha cogido á cuestas, su caída siempre sería gloriosa y fecunda como un triunfo. Los hombres de su temple alcanzan la victoria sólo algunas veces en vida, casi siempre muriendo.....



I

EL LIBRO QUE HAY QUE HACER

UA familia de Juan, como he dicho, se componía de Magdalena, su mujer, y de Facio; pero puede decirse que formaba parte de ella también la niña Berta, que iba á pasar el día á su casa una ó dos veces por semana, estando lo demás del tiempo en un colegio.

Parecíame que Magdalena no quería demasiado á esta niña; pero Juan estaba loco por ella. Berta y Facio andaban á la greña por inclinacion. A decir verdad, ni uno ni otro eran malos; pero Facio tenía el dardo parisiense en la punta de la lengua, y Berta, por su parte, en la punta de los dedos.

Los otros hijos de Juan y de Magdalena, es de-

cir, sus verdaderos hijos, ya mucho mayores, se habían establecido en pueblos lejanos. Era una familia dispersada por la ruina del padre.

Juan estaba casado en segundas nupcias, y Berta era hija de la hija de su primer mujer, que fué aquella María de Moy que en otro tiempo le tiraba cajas de juguetes á la cabeza por la ventana del cuarto principal. Es decir, que Juan era abuelo de Berta, cuya madre había muerto.

Mucho tiempo pasó sin que Juan me volviera á hablar de sus *etapas*. Estuvo enfermo una gran temporada á luégo de aquella entrevista desmesuradamente larga (comenzó á las ocho de la noche y terminó al amanecer) en que me contó la muerte de su padre. Y yo, por mi parté, tampoco procuraba hacer recaer la conversacion sobre el asunto, porque su primer historia me había dejado una impresion profunda, pero *inútil*, como que no pensaba que me sirviera para mi oficio de escritor. ¿Qué había de hacer de ella? Y sobre todo, ¿qué habían de hacer de ella mis lectores habituales, á quienes amaba tanto y amo todavía, mis queridos lectores empeñados en resolver conmigo, de número en número de folletín, el importante problema de saber cómo Agueda se casará con Teodoro?

A más de que yo había prometido no poner mano

en el asunto sin estar convertido, y nadie es más tardo en convertirse que los hombres como yo, amigos platónicos de Dios, respetuosos para con Dios, pero que no sienten la necesidad de Dios y que se pasean quizá toda su vida, sombrero en mano, alrededor de Dios, sin entrar en Dios.

No tomé apuntes acerca de lo que Juan me había contado aquella noche, y no sólo no tomé apuntes, sino que hice lo que pude por borrarlo de la memoria. Había en el fondo de aquella narracion cosas que me impresionaban de una manera desagradable. Sin llegar hasta el punto de decir, como el doctor Olivier: «Si me vuelves á hablar de eso no vendré más», le agradecía yo á Juan muchísimo su silencio.

Él, por su parte, parecía experimentar aquella vacilacion, aquella misma repugnancia que le había detenido tan largo tiempo en el dintel, como si dijéramos, de nuestras relaciones. Así como había retrocedido días y días antes de penetrar en el secreto de su vida, así ahora buscaba pretextos para no continuar esta excursion por entre los dolores de su pasado.

Y lo que es en esto, los dos éramos cómplices. Si Juan tenía miedo de renovar en su corazon una llaga, yo por mi parte no pretendía ni mucho ménos

resucitar emociones que habían dejado una especie de contusión en un rincón de mi alma.

No me gustaba nada aquella emoción que me arrastraba con importunas violencias hacia un lugar donde yo no quería ir todavía.

Pero debo confesar que, cuanto más pugnaba por olvidarlo, más vivo mantenía el recuerdo.

Una figura, sobre todo, de entre las que Juan había bosquejado ocupaba siempre mis horas de soledad y me asediaba; era aquel joven á quien no querían apenas en la familia porque le respetaban demasiado; aquel Carlos, el *hipócrita* para los tábanos del Liceo, el *jesuita* que decía la buena Juliana, y el *juicioso*, como le llamaban sus hermanas y su madre.

Para mí, su hermano, el bueno de Francisco, el soldado, valía tanto como él, no lo oculto; pero entonces, ¿por qué Carlos vagaba de continuo rondando mis pensamientos, mientras que el bravo Francisco me ocupaba tan poco?

Durante este período de tiempo, Juan me entretenía casi exclusivamente con el famoso libro que había que hacer sobre Tartufa.

Su pensamiento era complejo; veía dos Tartufas: el uno santo, el otro pillo, y esto nos traía á la memoria á Carlos, pues Juan me había dado á enten-

der en diversas conversaciones que Carlos había sido calumniado gravemente, insultado y abofeteado—si no materialmente con la mano, al ménos con el pesado golpe de la mentira,—y había presentado la otra mejilla al ultraje con la frente serena y bajos los ojos.

Lo cual es terrible; es contra la inclinación de la naturaleza, como todo lo que es sobrenatural.

Había en ello un heroísmo milagroso, ó una cobardía sin nombre.

Yo tenía miedo de saber más á propósito de aquella historia que me repugnaba de antemano enérgicamente: ¡hasta tal punto la entrevía alejada de mí y superior á mí!

Una mañana de primavera, un jueves por cierto, vino Juan á mi casa pidiéndome de almorzar. Traía consigo á Facio y á Berta, porque era día de vacaciones. A Magdalena la gustaba más quedarse en casa, y nunca solía venir á la mía.

Vivía yo entonces en una habitación encantadora, situada en medio de un barrio muy feo, en la calle de San Mauro de Popincourt, no lejos de la iglesia de San Ambrosio.

Era la antigua casita del señor de Breteuil, embajador de Francia en Rusia al comienzo del reinado

de Luis XVI. Todo el contorno estaba lleno de fábricas y talleres; pero el jardín era precioso y muy bien aislado. Se podía hablar allí como en medio del campo. A Juan le gustaba mucho aquel jardín, cuya historia había encontrado entre los papeles de la parroquia de San Ambrosio.

En tanto que Berta y Facio se olvidaban de pegarse, entretenidos en jugar con mis hijos, Juan se entretenía también disertando largo y tendido mientras tomaba su café bajo el emparrado.

—No lo dudes—me decía;—el siglo va tomando un camino muy particular; vamos á entrar en una corriente literaria católica muy acentuada, por consecuencia precisamente de los esfuerzos extraordinarios que va á intentar la impiedad por ver de aniquilar el catolicismo. *Non prevalebunt*: ni los gigantes ni los hongos de la materia prevalecerán en definitiva, porque tal es la promesa de Dios, según nosotros sabemos y ellos quizá no ignoran; pero entra en el orden de la Providencia y en la naturaleza misma de las cosas el que lleguen muy cerca del éxito y hasta obtengan victorias considerables en apariencia, y que tengan su día en que le sea permitido al impío subirse á los tejados para ostentar á la faz del sol su efímero triunfo.

Así debe suceder, y así sucederá; son numerosos

son, mejor dicho, innumerables; son poderosos por su talento, por su ciencia, y aún algunos por el genio.

Los hay, y yo por mi parte conozco algunos, que hasta son poderosos por la virtud, tomando la palabra en su acepción puramente humana.

Quiero y respeto á algunos de ellos, como hubiera respetado y querido á Sócrates ó á Platon.

En todos tiempos ha encontrado el catolicismo defensores que tenían todas las cualidades que acabo de enumerar, y que las tenían en grado admirable; hállanse de siglo en siglo los apologistas del catolicismo en la primera fila de los escritores ilustres, y la pluma de sus grandes obispos ha sido siempre de oro; pero si nunca le han faltado al catolicismo generales gloriosos, lo que es soldados si le han faltado algunas veces, sobre todo cierto género de soldados: los que dejan atrás á la caballería, aun marchando á pie, á la carrera; los que pelean con ambas manos; los que asustan al enemigo; los *cazadores*, los *zuavos*.

También ahora, en verdad, van á ser menester soldados, y precisamente de estos soldados, porque la batalla va á propagarse y extenderse, va á descender á la arena misma de la vida de un día á otro. Ya lo verás antes de mucho tiempo.

Va á ser una refriega en que habrá que hacer uso de todas las armas, desde el cañon hasta el alfiler. Llegará el día en que los santos tendrán que aprender la gimnástica del sarcasmo, la esgrima de la burla, y hasta ese arte ignorante de cortar una miserable novelucha en trocitos pequeños para excitar el apetito de los viejos monotes que se alimentan de este género de salsas.

Hará falta gente, mucha gente, en rededor y por debajo del gran periodista católico, que es el primero de todos los periodistas. Es verdad que no está solo, bien lo sé, aunque tiene las espaldas más al descubierto que los demás: su estado mayor es bueno y brillante. Pero no es, al fin, más que un estado mayor; mientras que en redor de la impiedad hay todo un ejército que arremolina sus apretados batallones.

Mas quisiera yo que se dejara la palabra á los maestros; pero no va á ser esto posible en un siglo en que los tartamudos tienen el valor de pronunciar discursos.

A más de que el auditorio del periódico, y aun del libro, hase aumentado tanto, y tanto ha descendido el nivel de las curiosidades apetitosas, que los maestros han de sentir la necesidad de tener detrás de sí hombres que no sean maestros, que sepan si-

quiera un poco el idioma de los sencillos, y que sean capaces de conversar corrientemente con millon y medio de abonados de á sus; cosa, en verdad, difícil.

Estas muchedumbres curiosas, á quienes habrá que hablar, no carecen de inteligencia; por lo menos, no creo yo haber querido indicarlo; al contrario, son en gran manera inteligentes. Lo grande, lo sencillo, lo bello, las apasiona en pequeña escala y por breves momentos; pero quieren ante todo divertirse, y la admiracion *no divierte*.

Las gusta además burlarse de sus mismos divertidores, despreciarles amigablemente y darles un puntapié, diciendo: «¡qué bruto!», como para vengarse del sus que han pagado.

Los maestros no se prestan bien á estas familiaridades: son menester servidores.

No creo yo que los diarios católicos de reducido tamaño lleguen de buenas á primeras á recaudar un millon de *suses* cada día, pero pueden hacer un bien considerable.

Si yo tuviera todavía voz en la prensa, diría á los periódicos pequeños del catolicismo: «Sed la morada de los maestros, pero sed también la mansion de los jóvenes. Buscad á los jóvenes, atraed á los jóvenes, á los vigorosos, á los resueltos, á los atrevidos.

El *magnificat* brotó, es verdad, espléndido y ardiente del corazón de una mujer; pero aquella mujer era la Virgen María, y todo el resto del Evangelio es varonil.

»Nada hay tan viril como el pensamiento de Dios.

»Huíd de lo soso, de lo mediano, de la falsa sencillez, de lo afeminado, de lo dulzarro, de lo empalagoso. Dejad á Emerenciana con su candor tallado, algún tanto necesitado de tutela, por más que sea de azúcar de cebada; devolved á Athenaida su pomada austera; dejad á la condesa de Ventavilla en sus periódicos de modas. Toda esa gente de nada os sirve.

»Hombres, hombres, amigos míos, y hombres jóvenes y fuertes, son los que necesitáis para sostener enhiesto y levantado el estandarte de la Cruz, que es pesado de llevar.»

Y creo que tendría mil razones para hablar así; porque veo en esta creciente invasión de mariposas una amenaza para la mies literaria.

Hay, sin embargo, mujeres fuertes, me dirás, en el arte como en la virtud. ¿Qué hombres hay más grandes que las hijas de San Vicente de Paul? Santa Teresa, Santa Gertrudis y tantas otras han hecho oír más alto que los hombres el verdadero lenguaje

del Amor divino. Todo eso es verdad; pero, ¿sabes?, aquí no hablamos precisamente de santidad, aunque Emerenciana sea buena persona. Hablamos de acción.

Iré, si quieres, más lejos que tú: es verdad que la mujer es el elemento íntimo y cordial de la piedad en la familia: todos ó casi todos nosotros somos cristianos gracias á nuestras madres; y no se puede entrar en una iglesia cualquiera sin experimentar una emoción de alegría y de tristeza á la vez viendo la inmensa superioridad de número en que se hallan las mujeres: hay cien mujeres por cada hombre. ¡Dios las bendiga! Pero bien pocas de entre ellas tienen manchados de tinta los dedos.

El hombre es el que está en el altar: el hombre es el que está en el púlpito.

Todo depende, por otra parte, de la ocasión. Cuando Apolo cambia de sexo en la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, lo encuentro correcto y hasta conveniente; pero, acá entre nosotros, eso mismo me inquieta. Yo diría, pues, á mis amigos: «Echad mano, si queréis, de las mujeres fuertes: echad mano hasta de las pobres mujeres. Insensato sería querer privar al concierto cristiano de ese registro espléndido, suave, tierno, penetrante, que recorre todos los tonos de la inspiración. Solo que, cuando llueve,

hay que temer el diluvio. Escoged con cuidado, y, sobre todo, economizad la inspiracion. También las especias son muy buenas y, sin embargo, no hacen buen efecto empleadas con demasiada abundancia. No conviene que las alabanzas de Dios suenen en los oídos de cierta clase de gente que entra en las capillitas de nuestra prensa, como las coplas de Calafinos, con acompañamiento de vihuela destemplada.....»

Juan se iba animando, según costumbre, á medida que hablaba de esta manera. Tenía inquina contra las literatas, á pesar de su admiracion entusiasta por Jorge Sand, á quien, según él, «no le faltaba más que Dios,» ¡que no era poco!

En este punto se interrumpió bruscamente para gritar, mirando hacia arriba:

—¡Fació! ¡Bribón! ¡Que te vas á desnucarl!

Los niños que viven encerrados se salen de sus casillas en el momento que se ven libres. Fació, el prisionero de la *cueva*, hubiera querido saltar de rama en rama por encima de los árboles como las ardillas.

Había llegado á trepar hasta lo alto del emparado que cubría el cenador, y lloraba porque no sabía cómo bajar.

Subíme yo sobre un banco para hacer el salvamento de Fació, y Juan continuó:

—Barbey d'Aureilly, que de un rasgo dibuja la fisonomía de un hombre, me definió de este modo una tarde que estaba haciendo mi apología: «Juan es un viajero muy elocuente que sale para París y va á parar á Roma.» El caso es que á menudo me sucede que no digo lo que tenía intencion de decir. ¡Mal año para Emerenciana y la condesa de Ventavilla, y el estilo de tocador y los papeluchos impresos de cualquier color y olor que sean! Yo había venido á hablarte de Tartufa.

Es menester que comiences en seguida nuestro libro sobre Tartufa, pues para eso ni aun tienes necesidad de estar convertido. Te bastará con tu honradez nativa.

Y no tengas miedo de mostrarte irreverente con Molière, tu ídolo. Puedes quemar todo el incienso que quieras ante su estatua: yo te ayudaré.

Sólo Dios es eterno, pero el mal es inmortal, porque Dios no ha querido poner término á su castigo, que es el ser el mal. Tartufa existía antes que Molière, y quizás Molière, al cogerle, le ha echado á perder.

Mas no por eso dejo yo de agradecer al admirable maestro de la comedia francesa el que haya

echado el alma del hipócrita como pasto á la risa y al desprecio de los hombres.

Hase dicho con insistencia que el tipo que Molière tuvo á la vista para crear á Tartufa era un jansenista muy conocido, enemigo venenoso de los jesuítas. Pero esto, á la verdad, no me importa gran cosa.

De cualquier manera, yo no creo que Molière haya querido herir al sacerdote en la persona de este ateo, ni siquiera al *devoto*, y, sin embargo, puede ser que lo haya hecho, porque en Francia la oposicion lo arrastra todo y conduce á todo, siendo, como es, condicion indispensable de todo feliz éxito.

La palabra «oposicion» ha podido ser inventada hace poco; pero la cosa en sí es tan antigua como el mundo.

En tiempo en que Molière vivía de gloria y de oprobio, de que al fin vino á morir, había en los honores que se concedían al católico piadoso algo por una parte que podía incitar la oposicion de un satírico, y por otra parte algo que podía tentar la codicia del incrédulo.

Molière estaba, pues, en su derecho de oposicion y dentro de la verdad del arte al atacar el reverso de la piedad; es decir, el comercio del incrédulo que usurpa el traje de un creyente.

Hasta aquí todo iba bien; pero esto era lo estrictamente justo, y el afán de obtener un éxito ruidoso no se cuida gran cosa de la justicia, á más de que no podía conseguirse gran éxito en el ataque dirigido contra la incredulidad, que es la oposicion.

Para obtener un éxito completo era menester ir más allá; era menester adular á la oposicion y tomar como punto de partida un tipo conocido, consagrado, oficial, como si dijéramos. En todos los templos hay fariseos, y Molière estaba también en su derecho atacando á un fariseo.

Admitamos que su objeto al crear á *Tartufa* fué arrastrar por el lodo al fariseo católico exclusivamente, y no al fariseo protestante, ni al fariseo jansenista, ni al fariseo parlamentario, ni al fariseo de la sinagoga, ni al Judas de cualquier apostasia, ni al farsante de cualquier francmasonería, ni al santimbanquis de una filosoffa cualquiera.

Esto fué una injusticia y una desgracia.

Molière tenía talla para hacer mejor las cosas. Tenía la talla y la fuerza suficientes para luchar cuerpo á cuerpo con el fariseo sin epíteto, con el hipócrita de cualquier clase, y ahogarle en el abrazo de su genio... ¿Parece que no eres de mi opinión?

Al ser interpelado en esta forma, contesté, no sin cierto mal humor:

—Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado.

—Está bien—exclamó Juan frotándose las manos.—Precisamente no deseo otra cosa sino ir haciéndote algunas concesiones; los obsequios fomentan la amistad: concedido. Molière ha cogido á Tartufa donde le ha encontrado; es decir, donde su instinto de cortesano de las muchedumbres galoneadas ó harapientas, y su olfato de gran poeta, amante del éxito, le ordenaban buscarle, so pena de haberle hallado en cualquier otro sitio mucho menos favorable para el efecto cómico y el éxito de su obra. Tu respuesta me satisface completamente, porque deja clarearse esta confesion, á saber: que Tartufa no vive siempre en el mismo número de la misma calle.

En efecto, á menudo se muda de casa el infeliz. Y algo menos de cien años después de aquella noche del 17 de Febrero de 1673, en que Molière el cómico moría con la cabeza en el regazo de una hermana de la Caridad, si Molière resucitado hubiera querido buscar otra vez su fariseo, seguramente no hubiera llamado otra vez á la puerta del mismo teatro para hacer á todo un ejército de lacayos galoneados la siguiente pregunta: «El señor duque de Tartufa ¿está visible?»

Eran aquéllos los tiempos en que un gran ministro (como le llaman los diccionarios), modelo de filosofía, de patriotismo y de lealtad, pensionado por el Austria y pensionando á su vez á la vieja Pompadour, dejaba nacer á Prusia y morir á nuestras colonias; labraba la fortuna de Inglaterra; mataba á Montcalm, mataba á Lally-Tollendal; perdía el Canadá, perdía la India; estrechaba nuestras fronteras, á pesar de las batallas ganadas por nuestros soldados; echaba á pique nuestras flotas, empobrecía nuestros campos, firmaba una paz humillante después de una guerra gloriosa, y se retiraba, enemigo cruel de su rey, pero amigo cariñoso de Voltaire, á su tranquila morada para embotellar allí, después de mezclado con el jugo de la Enciclopedia, el brebaje diabólico que debía amamantar á Robespierre.

¡Pobre hombre!

Los diccionarios le han perdonado todo esto porque expulsó y robó á los jesuitas, culpables de haber estorbado á su patrona la Pompadour la ocasion de cometer un sacrilegio.

Este Tartufa ya no se parece nada al Tartufa de Molière.

Y, sin embargo, ¿no es Tartufa?

Y si es cierto que el talento obliga, más todavía

que la nobleza, ¿no tenía Molière el deber de cortar el manto de su fariseo bastante ancho para que pudiese venirles bien á todos los hipócritas?

Pero pasan los años, y aquí tenemos ya al ciudadano Tartufa, en lugar del Excmo. Sr. Tartufa; porque se me antoja saltar por encima del Tartufa ginebrino y del Tartufa enternecido por «la religión de la naturaleza,» que se desvive por ver cómo se levanta en Oriente el carro de la Aurora.....

¿Habré de hablar largamente de Tartufa el de la guillotina? No por cierto. Guillotinóse á sí mismo en su afán de no estar parado, y esto le disculpa hasta cierto punto. A más de que me objetarías que Molière no pudo presentar en escena tan odioso personaje, puesto que no le conocía ni le adivinaba siquiera en la honradez natural de su pobre alma cándida.

Mas, con todo, ¿no es una verdadera desgracia para un gigante como Molière el haberse gastado la pólvora en tirar á un tan ruín gazapillo como es su Tartufa de pseudo-sacristía, cuando en un solo cuarto de hora de caza vamos nosotros encontrando tantos y tan enormes Tartufas que combatir, que no son el suyo?

¡Ah! ¡Que el gran Molière, para hacernos odiosa la plaga eterna de la hipocresía que envenena al

mundo desde que es mundo, haya cogido un zamacuco que acumula traiciones sobre villanías para tentar la tela de un hábito que ni aun llega á manchar, y para engañar á un hombre de bien confiado hasta el exceso, pero sin llegar á robarle, y que hasta el gran rey Luis XIV haya empleado sus ocios en descubrir esta pobre intriga!....

¡Y éste es Tartufa! ¡Este es el IMPOSTOR por excelencia, el milagro de hipocresía! ¡Ha sudado la gota gorda durante cinco actos, para que se burle de él madama Elmira, sin que él, por su parte, logre engañar más que al pobre Orgon, empeñado en dejarse engañar!

Y por contera, esa serpiente, ese monstruo negro y horroroso, está siendo cada día acribillado á heridas y como respunteado con hilo blanco para que todo el mundo le haga burla, conociéndosele desde luego, pues que ha habido alguien que le ha llamado «el principal enemigo del fraude.»

¿Quién ha podido ser este alguien? Preguntéle en cierta ocasion á Janin, que me respondió con el habitual buen humor de su escepticismo:

—¿Quién había de ser, voto á bríos!..... ¡El comisario!

¡Ahí tienes! ¡Ese coloso de astucia tiene ya su proceso abierto en las oficinas de policía, en casa

del teniente de lo criminal, Tardillo, que vivía ya entonces en la calle de Jerusalén! ¡Ese saco de marrullerías se ha dejado tomar la filiación por el secretario del Juzgado de paz, y el inspector le ha atado un hilo á una pata!

Vamos, que hay que convenir en que el tal Tartufa no es cosa grande.

Ha sido menester todo el genio de Molière para meter miedo aun á D. Prudencio con este fusil de caña.

He oído sostener una vez á un elocuentísimo escritor, que en sus escritos nunca trata de estas cosas, pero cuya conversacion, que tiene tanto de animada y viva como su prosa de grave y seria, sale siempre salpicada de conceptos brillantes, presentados en forma paradójica; he oído sostener, digo, la tesis de que Tartufa no es en el fondo más que una obra maestra de ironía, arrojada por el autor á la cara de los Prudencios del siglo xvii.

Yo, por mí, no lo creo así. Molière es más grande que la ironía, y en tiempo de Orgon no había Prudencios.

Orgon y D. Prudencio son incompatibles.

Ten en cuenta que Orgon es de un siglo y D. Prudencio es de otro; pero Tartufa es de todos los siglos. Y aquí tienes por qué ataco yo al Tartufa de

Molière, porque no es más que el Tartufa del siglo de Orgon.

No; Molière no ha querido burlarse de los que le aplaudían. Era comediante y era autor dramático, y por estos dos títulos vivía de los aplaudidores, que por lo general no sufren en manera alguna que se burlen de ellos.

Molière quiso hacer una obra de gran éxito, y puso en ella el *quantum sufficit* de oposicion, de justicia y de odio: el odio dirigido contra una cosa realmente aborrecible, como es la hipocresía; la justicia aplicada á cosas criminales, como son el dolo, la seducción, la intrusion del extraño en la familia; la oposicion, en fin, hecha á una cosa potente y casi soberana entonces, cual era la influencia religiosa.

Viene á ser, pues, la obra de Molière casi una obra de circunstancias, como lo da á entender la vehemente y verbosa charla de madama Pernelle; y quizás aún la parte más importante de la accion señalaba un hecho particular, pues que Tartufa, en cuatro actos de los cinco, se sale enteramente del cuadro de la antigua comedia convencional, y los nombres mismos de Tartufa y de madama Pernelle hacen presentir un paso de exploracion fuera de las costumbres teatrales de entonces para entrar en el camino por donde va todo el mundo. Philinto es

todavía griego por su nombre, y Orgon lo mismo; Elmira parece venir de hacia España; pero madama Pernelle es ya de Pontoise, y Tartufa, discretamente arropado en una bata de Italia, viene de Roma en vía recta, ó á lo menos hace los posibles por parecerlo.

Es humilde é insolente á la vez, á lo Mazarino, y ha podido muy bien nacer de los odios suscitados y conservados por la invasion italiana de tantas reinas y de tantos ministros; figuras que tenían su grandeza, pero que eran hostiles al temperamento de Francia.

Huele á desquite más bien que á blasfemia; maniobra cuando más en favor del galicanismo, próximo ya á descomponerse, y ciertamente no sospecha siquiera que, después de haber hecho reir á aquella corte erudita y profundamente necia, á aquellos marqueses inocentes, aunque cargados de talento, á aquellos escépticos titulados que escupían hacia arriba con muchísima gracia la mofa que debía tornar á caer como un diluvio y ahogar á toda su raza en la inmensa alcantarilla de la revolucion, no sospechó siquiera, digo, Tartufa, ó por lo menos Molière, que le ha hecho, que la incredulidad iba á agarrarse de él, á echarle en sal, á mecharle, á escabecharle, á ponerle en el asador ó en la cacerola y ha-

cer de él el plato fundamental de la cocina atea del siglo XIX.

¿Te gustan á tí aquellos pobres marquesucos incredulos? Todavía no han muerto, ¿sabes? Yo conozco algunos todavía, y tengo para con ellos ternuras como de niñera. Dios les daba el alimento ya mascado como á los pajaritos, y era menester que fuesen muy ingratos, por lo mismo que estaban atragantados de beneficios.....

En cuanto al gran Molière, yo te apuesto á que no le admiras tú más que yo; pero miraba demasiado de cerca las enfermedades humanas, para poder ver la salud inmensa de Dios. No conocía el lado providencial de las cosas. Por encima de él se cernía Bossuet en la vision de Jesucristo, sin que Molière ni aun la sospechara, ocupado como andaba en sus admirables é inmensas niñerías.

Para mí es mucho más disculpable que Pascal, otro cómico de primer orden, álgebra sublime, fe estrecha, amor sin confianza, y que, nacido para ser el primer padre de la Iglesia en su siglo, pero enfermo del cuerpo y separado de Dios por los escrúpulos, siguió un día las huellas de no sé qué Arnaldo, medio protestante, jansenista y medio, que redactaba ya la *Revue des Deux-Mondes* y el *Journal des Debats* bajo el reinado de Luis XIV, más de un

siglo antes de la aparición de estos respetables «órganos.»

Es una fatalidad: por esos caminos no se anda, se resbala: no se puede poner los pies en ellos sin sumergirse en el fondo del abismo. Puerto-Real (¡ah, cómo se alegraba de ello el pobre Sainte-Beuve!), Puerto-Real ahogó á Pascal después de haberle sacado del cuerpo las *Provinciales*, *Tartufa* colectivo que llaman el Jesuita; cerca de mil páginas, de las cuales las novecientas son pesadísimas, y las otras cien forman una especie de obra maestra de maldad inútil, que la incredulidad ha utilizado, sin embargo, para batir en brecha al Dios de Pascal, para extirpar la religión de Pascal, para arrancar de cuajo todo aquello en que creía Pascal, todo lo que Pascal respetaba, todo lo que adoraba de rodillas y con la faz humillada en el polvo.

¡Quisiera yo ver la cara que pondría el desventurado Pascal si le fuera dado leer nuestros periódicos publicados de cien años acá y contar las innumerables salsas venenosas que se han condimentado con sus *Provinciales*!

Pero Molière, el rey de nuestro teatro, con su buen sentido tan recto y tan penetrante, poco conocedor de Dios, es verdad, pero tan conocedor de los hombres..... ¿qué diría Molière si levantara la cabe-

za y viera el uso que se hace de su *Tartufa*? ¿Qué diría, sobre todo, al ver esos Tartufas nuevos, plagios en acción, que no le roban su idea para ponerla en escena ó en los libros, pues no son tan estúpidos como todo eso, pero que se sirven de ella política, social, periodística, industrial y judaicamente, como de un excelente pasaporte, para penetrar en las moradas del sufragio universal y escamotear los favores de Orgon, que no se ha hecho, por cierto, más avisado ni menos tonto con haberse hecho elector?

Figúrome que Molière se quedaría desde luego como quien ve visiones ante la innumerable bandada de ánades rojos empollados por su gallina negra, porque seguramente nunca imaginó ni soñó siquiera con semejante posteridad.

Todavía anda por ahí el duque de Tartufa, y aun el doctor Tartufa, y, en rigor, hasta el Tartufa periodista y el Tartufa orador, etc.; mas todos estos Tartufillas, todos estos Tartufetas, todos estos Tartufazas, estos centenares y montones y costales y cestos de Tartufas..... ¡oh! es preciso convenir en que Molière no se los había imaginado! Si los viera, empuñaría una zurriaga, caso de que no encontrara una pluma, y vapulearía.....

Aquí Juan interrumpió de nuevo su discurso para exclamar:

—¡Facio! ¡bribon, que te voy á matar!

Facio no era todavía un malvado, y debo decir que con el tiempo ha llegado á ser un muchacho de talento y de buena conducta; pero entonces no era más que el hijo de un salvaje de París, y se dejaba llevar de ideas que sólo la buena de Magdalena encontraba graciosas.

Magdalena era, en efecto, partidaria de Facio contra Berta, á la que solía llamar, no sin cierto amargo retintin, «la señorita.»

Esta vez Facio había ideado lisa y llanamente alimentar á Berta con hierba, que á la fuerza iba introduciéndola en la boca, y la muchacha, ya sin respiracion apenas, lanzaba gritos inarticulados. Juan se abalanzó baston en mano; pero Facio estaba ya al otro extremo de la pradera, y el incidente no tuvo consecuencias.

—Aquí tienes—me dijo Juan cuando tornó á sentarse á mi lado;—este abejorro de Facio me ha caído encima cuando menos lo pensaba, por obra de Tartufa y, sin embargo, no por eso quiero peor á Tartufa, porque Facio es un animalejo feroz que se irá domesticando poco á poco. Ya ha comenzado; ya sabe el Catecismo sin errar una palabra.

Hoy había venido á contarte mi primera comunión y la de María; pero en el camino ocurrióseme

la idea de bosquejarte á grandes rasgos la notable escena de Molière andando á vueltas con la descendencia de su Tartufa; escena que constituye el libro que hay que hacer, ó por lo menos es el prólogo de ese libro.

Pero ahora Facio me lo impide. Ya le llegará su turno á Tartufa. Voy á contarte cómo he recogido á Facio, miserable fruto caído de un árbol que se secaba herido por el hacha del ciudadano Tartufa.

No hará esta relacion mal efecto en el libro hallando una coyuntura donde introducirla.

Solo que tiene todo el aire de un cuento.

Escucha.

